

CRUZAR EL RÍO

Me contaron no hace mucho una historia curiosa de una mujer de campo que decide abandonar su casa una casa normal de campo, pero en un paraje bello, entrecierras de encinas, alcornoques y castaños, rica en vegetación y agua. Sus amaneceres son inmensos de luz, de los que levantan el ánimo para empezar el día con energía y ganas de vivir, pero los atardeceres... son de ensueño, con tonalidades anaranjadas y rojizas, el bullicio de todas las aves con sus cantos del atardecer llenan el espacio, te sumerges en un ambiente cálido, confortable. Bien, pues a pesar de la belleza que muestra el lugar, ella decide abandonar casa y tierra, y con ella toda su vida pasada. Toma consigo todas sus pertenencias decidida a no volver jamás.

Luego de un largo camino, se encuentra con un río caudaloso que deberá cruzar si quiere proseguir su ruta. Quizá ya lo sabía cuando partió, quizá no, y se encuentra frente al obstáculo inesperado. El caso es que cuando llega a la orilla se toma su tiempo: mira hacia el otro lado calculando la distancia que le separa de ella, mira el agua revuelta y considera sus propias fuerzas. Después, sin prisa, se va despojando de todas sus pertenencias: la mochila. Dentro lleva el neceser con las cremas y pinturas, el móvil, la cámara digital, el mp3, la agenda, crema para el sol, un libro, las botas, la blusa, los pantalones, los calcetines, la gorra, el saco de dormir... y en ropa interior va colocando cada una de las cosas amadas, las que le han servido durante tantos años, alineadas a la vera de aquel río caudaloso y bravío. Las contempla con cuidado y va seleccionando lo que debe dejar a este lado y lo que va a intentar llevar consigo al otro.

En este primer discernimiento selecciona primero lo necesario y desecha lo superfluo. Aunque alguna cosa muy querida se va a quedar atrás, otra, no tan necesaria, se irá con ella para acompañarla en el nuevo camino. Decidir qué cosas va a dejar y cuáles tomar es un discernimiento que une utilidad y afecto. Despedirse de lo que ya no es necesario, aunque antes le haya sido útil, le cuesta porque hay apegos que siguen con ataduras muy sutiles ligadas a su cuerpo y a su corazón. Elegir aquellas cosas con las que va a seguir su camino es también un ejercicio de ascesis. Sabe que debe seguir con esto o aquello que le será necesario en adelante aunque ahora se le antoja pesado o incómodo para cruzar el río.

Al fin decide pasar la noche cálida al raso rodeada de todas sus cosas que ya van siendo colocadas, no sin titubeos, en dos montones a la derecha y a la izquierda según su elección. Las horas pasan lentamente y las estrellas van a acompañando con su lento caminar por el espacio, ese vaivén de su voluntad que va de la necesidad al deseo. Alguna de sus cosas cambia de montón varias veces a lo largo de la noche. Ella contempla el cielo, a ratos intenta vislumbrar la otra orilla, con sus posibilidades inciertas; otras veces, en el paso de las horas, nota la intensa humedad y es cuando echa la mirada atrás rememora su pasado. Y también mira el río: en sus aguas caudalosas se refleja la luz de la luna, cree vislumbrar los rostros amados u odiados; los que le fueron propios le acompañaron un trecho en el camino de la vida, pero también los rostros de las personas que le engañaron, los que se quisieron aprovechar de ella. Todos esos rostros, esas manos que la abrazaron o golpearon, que le dieron reposo o aventura, que le marcaron con su amor o con su desprecio. También ahí va desgranando un discernimiento del corazón, va despojando sus recuerdos, y fijando amores, evaluando afectos, desechando inútiles pasiones.

La luz madruga más que el trabajo de su memoria. Por el oriente se apunta una línea brillante amarillenta, que pugna por abrirse paso, por ensanchar la herida de la noche, que ya, desvanecida, se rinde acosada por el agua limpia de la aurora. Y siente que se le ha cumplido el tiempo, que debe partir con la decisión de ahora, la que le ha permitido tomar el límite preciso de la noche. Se levanta y termina casi litúrgicamente, de despojarse de lo poco que le abriga todavía el cuerpo. Aquellas pobres prendas que protegen su intimidad van cayendo a sus pies: y así, surge de la noche desnuda como Eva, recreada, limpia, para saludar la integridad nuevo día. Toma sus cosas, las elegidas, las amadas, y hace con ellas un hato anudado con una pañoleta. Después hay un revoleo de color sobre su cabeza y con el impulso nuevo de su cuerpo vuelan alegres las cosas elegidas hacia la otra orilla. Todavía vuelve por un momento los ojos hacia el montón de las cosas que se quedan atrás. Y en una despedida breve pero entrañable, las acaricia por última vez con la mirada antes de lanzarse libre a la corriente turbulenta. Mientras nada, lenta y rítmicamente hacia la otra orilla siente su cuerpo más ligero y su alma como nueva, brillando entre los destellos de la luz verdosa y blanca del agua que le ciñe. “Desear y elegir solamente lo que más derechamente me lleva a la meta...”, piensa mientras se agarra a las matas del otro lado, que ya es “este lado” para ella. El horizonte de la llanura inmensa que está delante de ella se le ofrece ahora como un cuerpo tendido, amante, que le llama.

- ¿Con qué cosas podemos ir vistiéndonos en nuestra vida?
- ¿Qué riesgos tiene ir desnudos?
- ¿De qué nos ha costado más desprendernos?
- ¿Qué tenías muy claro que te llevarías?
- ¿Nos hemos desprendido de cosas materiales o también de afectos o sentimientos?
- ¿Qué ríos nos podemos ir encontrando en la vida?
- ¿Seríais capaces de dejarlo todo por alguien?
- ¿Habéis vivido situaciones de decir adiós?
- ¿habéis dicho adiós a relaciones? ¿por qué?
- ¿Hay alguna cosa que aunque no nos gustara teníamos que elegirla para facilitar el camino?
- ¿cuál es mi meta?